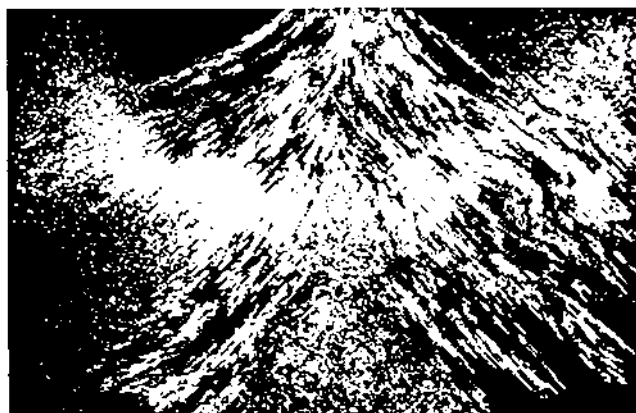


# La "*Vida Sensata*" de Máximo Manso

Cristina Marcos Juez





Una primera lectura de *El amigo Manso* puede crear desconcierto y descontento. Crea descontento porque el comienzo y el final de la novela desarrollan unos temas que, en principio, parecen estar totalmente al margen del resto de la obra.

El libro se inicia con un "Yo no existo..."<sup>(1)</sup> que quizá estimule al lector ávido de encontrar respuestas a sus dudas acerca de la utilidad del existir, o por el contrario, haga que otro tipo de público se aleje furiosamente de esta obra porque el tema le resulte molesto. En este último caso no hay ningún problema. Pero el lector que se adentre más allá de las primeras páginas quedará descontento, y es que *El amigo Manso* no es ese espejo tan frecuentemente buscado por el lector para justificar sus aventuras y desventuras.

De Máximo Manso sabemos que se convierte en "carne mortal" (2) a los treinta y cinco años de no existir y que es profesor-filósofo. A partir de ese momento en que la nada cobra vida, el protagonista se erige en guía de su propia existencia mostrando los pequeños detalles y fabulosos acontecimientos que se suceden en ella hasta que, de nuevo, regrese, yendo de la mano con la muerte, a su origen de "nada pensante".

Lo desconcertante es la trayectoria que se dibuja en el recorrido: de la nada a la nada pasando por una vida cotidiana de lo más cotidiana.

Es una novela extraña y, sin embargo, no descuida el ir desmenuzando esos pequeños detalles que contribuyen a la inercia de la costumbre presente en toda vida. Y es por ello por lo que surgen las preguntas: ¿qué es esto?, ¿para qué?, ¿es únicamente la historia de un hombre incapaz de conciliar su individualidad con el mundo que le rodea?, ¿es algo más que eso?

Es importante, en primer lugar, situar en el tiempo y en el espacio el escenario que acoge a Máximo Manso en su encuentro con la vida. Una ciudad, Madrid; y unos años, 1877-1881. Todo ello recogido en *El amigo Manso* de Galdós, cuya publicación data de 1882.

Nos hallamos, pues, recorriendo un fragmento de la evolución de la Historia, el régimen de la Restauración: nos asomamos al proceso de "consolidación de la burguesía restauradora"<sup>(2)</sup>. Por lo tanto, debemos atender a los hechos y a los personajes

\*\*\*\*\*  
(1) PEREZ GALDOS, Benito, *El amigo Manso* (Madrid, Alianza, 1978). p.7. El resto de las citas de la novela pertenecen también a esta edición. En adelante, sólo se especificará, al final de cada cita, el número de la página en que se encuentra (entre paréntesis).

(2) RODRIGUEZ PUERTOLAS, Julio, "El amigo Manso, novela política. Galdós y la tercera vía", *Nuevo Hispánico*, 2 (1982), 57.

de esta novela basándonos en ese momento preciso de la Historia, Historia siempre en ebullición aunque, a veces, parezca congelarse en el periodo que aborda la novela:

*Con la "Restauración", la alta burguesía, especialmente la del núcleo de grandes financieros de la capital, detiene el proceso ascendente de su clase, aliándose con la aristocracia terrateniente y llevando a la nación al estancamiento y a la progresiva paralización.*

*Irónicamente a Galdós le tocará novelar, con un fondo de profundo amargo y pesimismo, no la épica de la burguesía [...] sino su involución y su suicidio como clase.<sup>3</sup>*

Y es precisamente Máximo Manso, un ser venido de no se sabe dónde, el que nos va a ir acercando lentamente a ese ambiente que también para él es desconocido. Iremos descubriendo un poco más de Manso a medida que, sorprendiéndose a cada paso, empiece a relacionarse con esa densa maraña de personajes que viven muy al día en la Historia.

Desde esta perspectiva, *El amigo Manso* puede considerarse como una novela "histórica", pero es, además, la historia de una iniciación; es un aprendizaje de la vida en la vida. No de la vida creada por Máximo Manso para sí mismo, sino de la vida (la que se le escapa a Manso) al irse diluyendo constantemente en su propia enjundia, adquiere sucesivas formas en contacto con el "devenir" de otras vidas y de la historia misma.

El principio de Manso es vivir consigo y para su capacidad de conocer, aplicándose en el estudio:

*[...] porque el fervor del estudio me aislaba de todo lo que no fuera el tráfago universitario, y ni yo iba a sociedad ni me gustaba, ni me hacía falta para nada (15).*

Y se siente contento en su quehacer cotidiano, como demuestra al decir:

*Constantemente me congratulo de este mi carácter templado, de la condición subalterna de mi imaginación, de mi espíritu observador y práctico, que me permite tomar las cosas como son realmente, no equivocarme jamás respecto a su verdadero tamaño, medida y peso y tener siempre bien tirantes las riendas de mí mismo (16)*

Este es Máximo en el capítulo segundo; no le va a durar mucho esa seguridad que cree poseer. Es ahora, una vez presentado el protagonista principal en su ensimismamiento, cuando Galdós le hace salir de su cascarón para comprobar cómo se las arregla. Galdós fuerza a Manso en un cruce perpendicular con una serie de personajes que nada saben de ese idealismo suyo tan asumido. Y el asunto es, ya lo dice Montesinos, que:

-----  
(3) FUENTES, V., "El desarrollo de la problemática político-social en la novelística de Galdós", *Papeles de Son Armadans*, 192 (1972), 229.

*El optimismo de estos filósofos que tan claro ven todo lo que no es la vida los expone a terribles ironías de ésta, y ése será el caso de Manso*<sup>4</sup>

Ironías de la vida que se van superponiendo en la piel de Manso en cada encontronazo con múltiples cotidianidades encarnadas en un juego a tres bandas: doña Javiera (carnicera) y su hijo Manuel Peña; doña Cándida (viuda de García Grande, siempre intentando conseguir dinero de Manso) y su sobrina Irene; José María Manso (el hermano rico de Máximo) y su "tribu" (la familia y un sin fin de personajes siempre muy cercanos a José María, ya sean colaboradores de éste o aspirantes a serlo).

Con este triple frente deberá encararse Máximo Manso en su aprendizaje de una nueva forma de vida. Mientras él observa, examina, juzga y dictamina, todo lo que está fuera de él entra en acción.

*Los hombres se definen por los pormenores: gustos, manías, preferencias, aversiones, y no, desde luego, por los solemnes esquemas programáticos.*<sup>5</sup>

Y todo empieza con la vecina, doña Javiera, una mujer con una "buena conformación y reparto de carnosidades, huecos y bultos (22)", capaz de arrebatrar a Manso de sus ensueños sólo con su presencia. Este encuentro le lleva a otro encuentro: Manso se hará cargo de la educación de Manuel, hijo de doña Javiera. El profesor-filósofo deberá llevar a cabo la tarea de enseñar a Peña "todo lo que debe saber un caballero que vive en sus rentas(24)", por expreso deseo de su madre, de profesión carnicera, como sabemos.

Máximo se alegra en su nueva situación; es profesor particular de un joven que promete. Esta tarea es casi un experimento: "Era Manuel Peña de índole tan buena y de inteligencia tan despejada, que al punto comprendí que no me costaría gran trabajo quitarle sus malas mañas(27)". Y más adelante nos cuenta la estrategia que eligió para la ocasión:

*[...] no es verdadero maestro el que no se hace querer de sus alumnos, ni hay enseñanza posible sin la bendita amistad, que es el mejor conductor de ideas entre hombre y hombre.*

*Buen cuidado tuve al principio de no hablar a Manuel de estudios serios, y ni por casualidad le menté ninguna ciencia, ni menos filosófica, temeroso de que saliera escapado de mi despacho. Hablábamos de cosas comunes, de lo mismo que a él tanto le gustaba y yo había de combatir; obliguéle a que se explicase con espontaneidad, mostrándome las facetas todas de su pensamiento; y yo, al mismo tiempo, dando a tales asuntos su verdadero valor, procuraba presentarle el aspecto serio y trascendente que tienen todas las cosas humanas, por frívolas que parezcan(27)*

Esta extensa cita nos proporciona pistas para acercarnos a Máximo Manso.

-----  
(4) MONTESINOS, *op. cit.*, 35.

(5) GULLON, R., "La invención del personaje en *El amigo Manso*", *Insular*, 148 (1959), 1.

Está centrado, por entonces, casi exclusivamente en comprobar sus ideas sobre la eficiencia y utilidad de la educación. Pretende cambiar, mejorar a las personas, educándolas. Empieza con Peña, pero su afán le lleva a intentarlo con varios personajes más. De ahí que muchos críticos hayan considerado esta novela como obra pedagógica, y de ahí opiniones como la que sigue:

*Lo pedagógico en El amigo Manso no es nada adventicio o aleatorio; es ingrediente necesario. Esa educación que se desea impartir a los españoles, ciegos o deslumbrados, no la concibe ahora un ingeniero más o menos positivista, sino un metafísico, más atento a lo absoluto, al que perturban no sólo supersticiones y corruptelas, consecuencias, que no causas del mal; una educación básica bien orientada las haría desaparecer. Hay que educar radicalmente.<sup>6</sup>*

Es cierto que lo pedagógico es un “ingrediente necesario”, pero, al fin y al cabo, es uno más que contribuye a la conformación de un gran rompecabezas de ingredientes. No es justo pararse en lo pedagógico, entre otras cosas porque la educación no puede ser algo estático, sino que debe seguir el movimiento natural de las personas en sus vidas. El problema se complica cuando la crítica se afana en conseguir pruebas suficientes para demostrar o rechazar la comunión de ideales entre Máximo Manso y la filosofía krausista. Todo ello no nos lleva demasiado lejos, puesto que, en cualquier caso:

*Si Máximo Manso no fuera krausista, ello no invalidaría que sigamos pensando que ha asimilado ideas y modos de ser de la que fue la tendencia filosófica más selecta de su tiempo.<sup>7</sup>*

Si nos fijamos en lo que Máximo practica comprobaremos fácilmente que sus métodos y estrategias fallan casi desde el primer momento. Todos los personajes cercanos al protagonista se encariñan mucho con el profesor porque se les antoja un gran sabio manso dedicado a sus estudios, pero también capaz de entenderles, aconsejarles y cuidarles. Esta situación responde exactamente a la tesis mantenida por el filósofo, aquella en que asegura que lo primero que debe conseguir el maestro es hacerse “querer de sus alumnos”. Pero hay más, y es esa triste afirmación de Manso:

*Soy un profesor de fila que cumplo enseñando lo que me ha enseñado a mí(11)*

¿Qué queda de este intento que es, a la vez, evolución y estaticidad? El descontento de todos y la reafirmación de lo que son realmente cada uno de ellos. Así pues, encontramos a Manso, tras dos años y medio empeñado en dirigir el aprendizaje de Peña, descubriendo que esa fuerza redentora que adjudica a la educación no seduce en absoluto a su alumno. A Manolito se le atraganta el mundo de la reflexión:

-----  
(6) MONTESINOS, *Op. cit.*, 35.

(7) BLANCO AGUINAGA, C., “El amigo Manso: la educación pequeño-burguesa y el ciclo céntrico de la sociedad”, en *La Historia y el texto literario* (Madrid, 1978), p.26.

*le seducían las cuestiones palpitantes y positivas, manifestando hacia las especulativas repugnancia notoria. Esto lo vi más claro cuando quise enseñarle algo de Filosofía. Trabajo inútil. Mi buen Manolito bostezaba(45).*

Peña se va perfilando como hombre de acción, y ya nadie le va a parar incitándole a otro destino. Prefiere sumergirse en las "cuestiones palpitantes" y no teorizar sobre ellas. Con esto, ya advertimos que *"la trayectoria de Manolo Peña a partir de las lecciones de Máximo Manso es algo más que la de una modesta carrera ascendente hacia un simple y decente confort de clase media pasiva, lejos ya de la carnicería de sus padres"*<sup>8</sup>.

Otro hombre de acción va a ser nada menos que José María Manso, el hermano de Máximo: *"José María Manso, al igual que otros indianos de su tiempo, ha vuelto a España con una gran fortuna no sólo para quitarse de los problemas de una Cuba ya demasiado revuelta, sino para colocarse socialmente"*<sup>9</sup>. Su llegada a la gran capital nos la describe Manso:

*Una mañana recibí en la estación del Norte a José María con todo su cargamento, a saber: su mujer, sus tres niños, su suegra, su cuñada, con más un negrito como de catorce años, una mulatica y, por añadidura, dieciocho baúles facturados en gran y pequeña, catorce maletas de mano, once bultos menores, cuatro butacas. El reino animal estaba representado por un loro en su jaula, un sinsonte en otra, dos tomeguines en ídem(54).*

José María y su "cargamento" desbaratan todos los planes de quietud y reflexión de Máximo. A pesar de todo, el filósofo no puede negarse a entregarse en cuerpo y alma a la ardua tarea de preparar el buen asentamiento de su hermano en Madrid: le buscará piso, le recomendará un partido político en consonancia con sus intereses, le encontrará un ama de cría para su hijo.

¿Qué quiere José María? "Mi hermano quiere consagrarse al país"(60), y responde Máximo:

*Al oír esto del país, díjele que debía empezar por conocer bien el sujeto de quien tan ardientemente se había enamorado, pues existe un país convencional, puramente hipotético, a quien se refieren todas nuestras campañas y todas nuestras retóricas políticas, entre cuya realidad sólo está en los temperamentos ávidos y en las cabezas ligeras de nuestras eminencias. Era necesario distinguir la patria apócrifa de la auténtica, buscando ésta en su realidad palpitante, para lo cual convenía, en mi sentir, hacer abstracción completa de los mil engaños que nos rodean, cerrar los oídos al bullicio de la Prensa y de la Tribuna, cerrar los ojos a todo este aparato decorativo y teatral y luego darse con alma y cuerpo a la reflexión asidua y a la tenaz observación (61-62).*

-----  
(8) BLANCO AGUINAGA, *op.cit.*, 33.

(9) *Ibid.*, 28.

José María Manso se aburre mucho con estas largas parrafadas de su hermano. Pero se le encienden las ideas cuando éste, el que hablaba de “reflexión asidua” y de “tenaz observación”, le recomienda el “partido más nuevo y fresquecito de todos(62)”. En su deseo de prestar algún servicio a los demás, Máximo se desordena a sí mismo. Hace y dice cosas incongruentes y contradictorias, como la que acabamos de apuntar; porque el “partido más nuevo y fresquecito de todos” forma parte de los “engaños que nos rodean”. Con todo esto, hasta el lector queda confundido, pues no sabemos si Manso recomienda tales cosas “por si acaso” o porque está realmente convencido de que es lo mejor que se puede hacer. Y es que:

*Siempre que se mueve entre generalidades y abstracciones, Manso se revela como pensador agudo y claro, sumamente articulado, por ello capaz de fórmulas de gran justeza.<sup>10</sup>*

Pero cuando pretende ir más allá de la pura elucubración, cuando pretende aplicarse en la acción, algo le falta y falla. Este hombre tan sensato busca la serenidad del retiro para aprehender mentalmente lo que le rodea; incluso de lo frívolo sabe encontrar el haz de seriedad. Sin embargo, y ya sin remedio, se está enterando de su “irresistible tendencia hacia lo burgués, hacia el ciclo ‘céntrico de la sociedad’, al tiempo que pretende mantener su decorosa independencia del medio que le rodea”<sup>11</sup>. Puede criticar a su hermano:

*José reproducía en su desenvolvimiento personal la serie de fenómenos que caracterizan a estas oligarquías eclécticas, producto de un estado de crisis intelectual y política que eslabona el mundo destruido con el que se está elaborando (96).*

Pero a Máximo se le desbaratan todos los proyectos; siempre encuentra indicios de que lo que vive está mal comprendido, mal proyectado, mal hecho. Y sin embargo, ha caído en la trampa; él, el idealista burgués no contaminado por el materialismo también burgués, empieza quejándose de lo que ve, mas sucumbe. Parece tener claro qué es lo que no quiere, pero nunca dice claramente lo que quiere. Poco a poco se va rindiendo: ya no vuelve a su anterior vida aparentemente sensata. Tampoco hace nada cuando se estampa contra un estado de cosas que, casi cruelmente, le muestra la manera en que se fortalece la burguesía restauradora. Se nos presenta, cada vez más a menudo, como una cadena de contradicciones; no sabe qué hacer, y se inventa excusas torpes:

*Yo empezaba a formarme una segunda rutina de vida, acomodándome al medio local y atmosférico; que es la ley que el mundo sea molde y no nuestra hechura(89).*

Así pues, el lector ve más claro a medida que la personalidad de

-----  
(10) MONTESINOS, *op.cit.*, 34.

(11) RODRIGUEZ PUERTOLAS, *art. cit.*, 59.



Máximo Manso se oscurece. Ya no es el mismo, ni el que creíamos que era, ni otro diferente:

*En cuanto "pensador" no pasa de ser un ecléctico que, dentro de sus amplios conocimientos, y entre abstracciones, representa, en verdad, un vulgar pragmatismo que se disfraza de "filosofía" con toques de romanticismo e idealismo. Es el positivismo la ideología dominante de la burguesía en el último cuarto de siglo, lo mismo en los países exportadores de capital y de ideas que en los países dependientes: inmersos en sus tópicos más vulgares viven los personajes de El amigo Manso, inclusive el buen catedrático.<sup>12</sup>*

"Su irresistible tendencia hacia lo burgués"<sup>13</sup> se abre paso a grandes zancadas. Primero encontramos a Máximo Manso haciendo un repaso de los personajes que acuden a las tertulias que organiza José María: se refiere a Sainz del Bardal, Ramón María Pez y Federico Cimarra en los siguientes términos:

*De esta clase de gentes está lleno Madrid; son su flor y su escoria, porque al mismo tiempo le alegran y le pudren. No busquemos nunca la compañía de estos hombres más que para un rato de solaz. Estudiémoslos de lejos, porque estos apestados tienen notorio poder de contagio, y es fácil que el observador demasiado atento se encuentre manchado de su gangrenoso cinismo cuando menos lo piense(75).*

Eso debió ser lo que le pasó a Máximo, que se embadurnó sin saber cómo de ese cinismo del que quería defenderse. Así se demuestra cuando Máximo acepta unirse al abuso de palabrería desplegado en la gran velada de la "Sociedad General para el Socorro de los Inválidos de la Industria"; como los demás, también Manso ha preparado un discurso:

*Su discurso es, como suyo, bien pensado, ceñido, preciso... y no gusta a nadie, aunque el orador se sienta satisfecho mientras lo va diciendo. En realidad, sólo a él no le disgusta.<sup>14</sup>*

A decir verdad, sí hay alguien que aprecia las palabras de Máximo y no es otro que Rupertito, el sirviente negro de José María. ¿Otra ironía de la vida?

Este criticar constante y, a un mismo tiempo, este ir quedándose que practica Manso, le va desmascarando; ya no se le considerará el sabio bueno de la familia, sino el maniático un poco ido que pretende desbaratar los planes de ascenso y triunfo de los que están a su lado. Su hermano le dice:

*Eres, verdaderamente, una calamidad. Con ese genio nunca saldrás de tu pasito corto(93-94).*

-----  
(12) BLANCO AGUINAGA, *op. cit.*, 59.

(13) RODRIGUEZ PUERTOLAS, *art. cit.*, 59.

(14) MONTESINOS, *op. cit.*, 53

Su alumno le dice:

*La Filosofía me apesta [...] Usted no vive en el mundo (123,125).*  
Irene [su gran amor] sentencia contundente:

*Las maestras de escuela sabemos más que los metafísicos (292).*

El hombre-guía, el que se mostraba más sensato, se ve rechazado por aquellos que acudieron a él y que ya no lo harán más porque Manso se ha quedado rezagado en la carrera del materialismo burgués. Ya no les sirve; ni siquiera parece servirse a sí mismo.

El golpe final, el gran aldabonazo, se produce ante el resquebrajamiento de las esperanzas de Manso puestas en una posible relación afectiva con Irene. La relación cojea, y es que Irene quiere a otro: Manolito Peña. Esto ya rompe con todo, pues Máximo creyó haber hallado una mujer diferente mientras, poco a poco y sin otra posibilidad, se vio en la necesidad de reconocer que Irene se asemejaba peligrosamente a cualquier mujer de su época: sólo quiere casarse, vivir bien y un marido que la retire de su enojosa tarea de maestra. Irene, una vez descubiertas sus relaciones con Peña, se sincera con Máximo Manso:

*No, yo no tenía vocación para maestra, aunque otra cosa pareciese. Cuando habló usted con mi tía para que fuese yo a educar a la niñas de don José, acepté con gozo, no porque me gustara el oficio, sino por salir de esta cárcel tremenda, por perder de vista esto y respirar otra atmósfera. Allí descansé: estaba al menos tranquila: pero mi imaginación no descansaba(260).*

Esto aclara la petición que hiciera Irene a Manso cuando trabajaba en casa de José María: "Cuanto le agradecería que me hiciera una notita, un resumen, pues, en un papelito así..., de la Historia de España. ¿Creerá usted que me confunden los once Alfonsos y no los distingo bien? Todos me parecen que han hecho lo mismo(136)". A Manso, la idea de Irene le parece una extravagancia, pero veamos lo que dice:

*Vaya, vaya, que no es tan grande en ella el dominio de la razón; que no hay en su espíritu la fijeza que imaginé ni aquel desprecio de las frivolidades y caprichos que tanto me agradaba cuando en ella lo suponía. Pero lo extraño, es que no por perder a mis ojos alguna de las raras cualidades de que la creí dotada amengua la vivísima inclinación que siento hacia ella; al contrario... Parece que a medida que es menos perfecta es más mujer, y mientras más se altera y rebaja el ideal soñado, más la quiero y...(138)*

Irene es el único personaje que, aunque como los demás también es descubierta por Manso en sus recovecos, no se desploma ante el filósofo. Pero más bien parece que es Manso el que se resiste a que sus esperanzas en relación con Irene se desmoronen. Intenta, una y otra vez, no enterarse de cómo es Irene. Se entretiene emboscándose a sí mismo tras una serie de pensamientos tramposos, uno de los cuales

es considerar que Irene “es más mujer” por ser más simple. Además, es esta mujer, según Manso, la única persona que provoca interferencias en su filosofía:

*¡Contradicción extraña! Perfecta, la quise a la moda petrarquista, con fríos alientos sentimentales que habrían sido capaces de hacerme escribir sonetos. Imperfecta, la adoraba con nuevo y atropellado afecto, más fuerte que yo y que todas mis filosofías(267).*

Es sólo un espejismo; todo, también Irene, indica “el fracaso de la vida contemplativa ante los embates de la ‘vida activa’”.<sup>15</sup> Ya no puede esperar más a Irene; Máximo concluye:

*Era como todas. Los tiempos, la raza, el ambiente, no se desmentían en ella. Como si lo viera... desde que se casó [con Peña] no había vuelto a coger un libro(296).*

Con todo, Máximo Manso va a desaparecer, quedando en la mente de todos como un hombre “bueno”. Es casi un héroe cuando decide ayudar a que se celebre la boda entre Irene y Manolo Peña, aunque sigue enamorado de la joven. Familiares y amigos ven abiertos los caminos hacia sus respectivos destinos; el de Manso es regresar al punto de partida, porque ya sabe lo suficiente de todas esas cosas que le abruman. Por ello podemos entender ahora lo que significaba la no existencia de Manso:

*Si Máximo Manso declara que no existe, ello se debe a que no es, precisamente, sino la breve encarnación de una ideología necesaria para validar el avance de la sociedad restauracionista; un modelo vacío de contenido propio porque la realidad de la Restauración se encuentra, no en Máximo Manso, sino en el tejido de relaciones sociales, políticas y económicas que él, desde su medianía, contribuye a estructurar como un simple “profesor de fila” más.<sup>16</sup>*

Es evidente que si es el hombre sensato el que ve la vida como ajena y no como algo que hay que crear y transformar a un tiempo, ya no podemos esperar mucho de Manso. No sabe utilizar lo que le proporciona su capacidad de reflexión. Pensamiento y acción están desgajados. Manso no supo llevar una “vida sensata”, aunque parecía que quería intentarlo. No le salió bien, y Galdós le propuso que volviera a desaparecer porque tampoco a él le servía. Pues

*El hombre que lleva una vida sensata, plasma su propio mundo en un para-nosotros cambiándolo y transformándolo continuamente y cambiándose y transformándose continuamente a sí mismo. El individuo que vive siguiendo un sentido no es una sustancia cerrada, sino una*

.....  
(15) RODRIGUEZ PUERTOLAS, *art. cit.*, 58.

(16) BLANCO AGUINAGA, *op. cit.*, 28.

*sustancia en desarrollo que tiene en cuenta perennemente los nuevos conflictos del mundo -y [también] en éstos desarrolla -ilimitadamente- su personalidad.*<sup>17</sup>

No es tema de este trabajo especular sobre las entradas de opinión que hizo Galdós en su texto por boca de Manso u otros personajes. Lo realmente importante es que todo lo que se cuenta en *El amigo Manso* (desarrollado mediante un sofisticado sistema de contradicciones y de cotidianidades muy concretas) tuviera cabida en la mente de Galdós, y que vapulee a un lado y otro no sin cierto cariño. Además es interesante comprobar el hecho de que *“el que un personaje carezca de cualidades extraordinarias y le ocurran cosas vulgares, no significa en absoluto que no aparezca viviendo con la complejidad suficiente para atraer al lector hacia su problemática”*.<sup>18</sup>

Al final, el autor no se decide a dar una solución explícita, pero, bien mirado, por exclusión de las dos opciones que pululan por la novela, es necesario creer que una tercera solución se asomará algún día a la Historia. Supone esta obra, además, reconocer que se puede evolucionar hacia pensamientos y actitudes que no rompen con el pasado, sino que son la síntesis de lo pasado, de lo que está viniendo y de lo que llegará. Con esta obra literaria, Galdós demuestra, en cierto sentido, lo que dijo Camus:

*En este universo es la obra la única probabilidad de mantener la propia conciencia y de fijar en ellas las aventuras. Crear es vivir dos veces.*<sup>19</sup>

-----  
(17) HELLER, A., *Sociología de la vida cotidiana* (Barcelona, 1977), p. 416. (18) BLANCO AGUINAGA, *op. cit.*, 21.

(18) BLANCO AGUINAGA, *op. cit.*, 21.

(19) CAMUS, A., *El mito de Sísifo* (Madrid, 1985), p. 126.